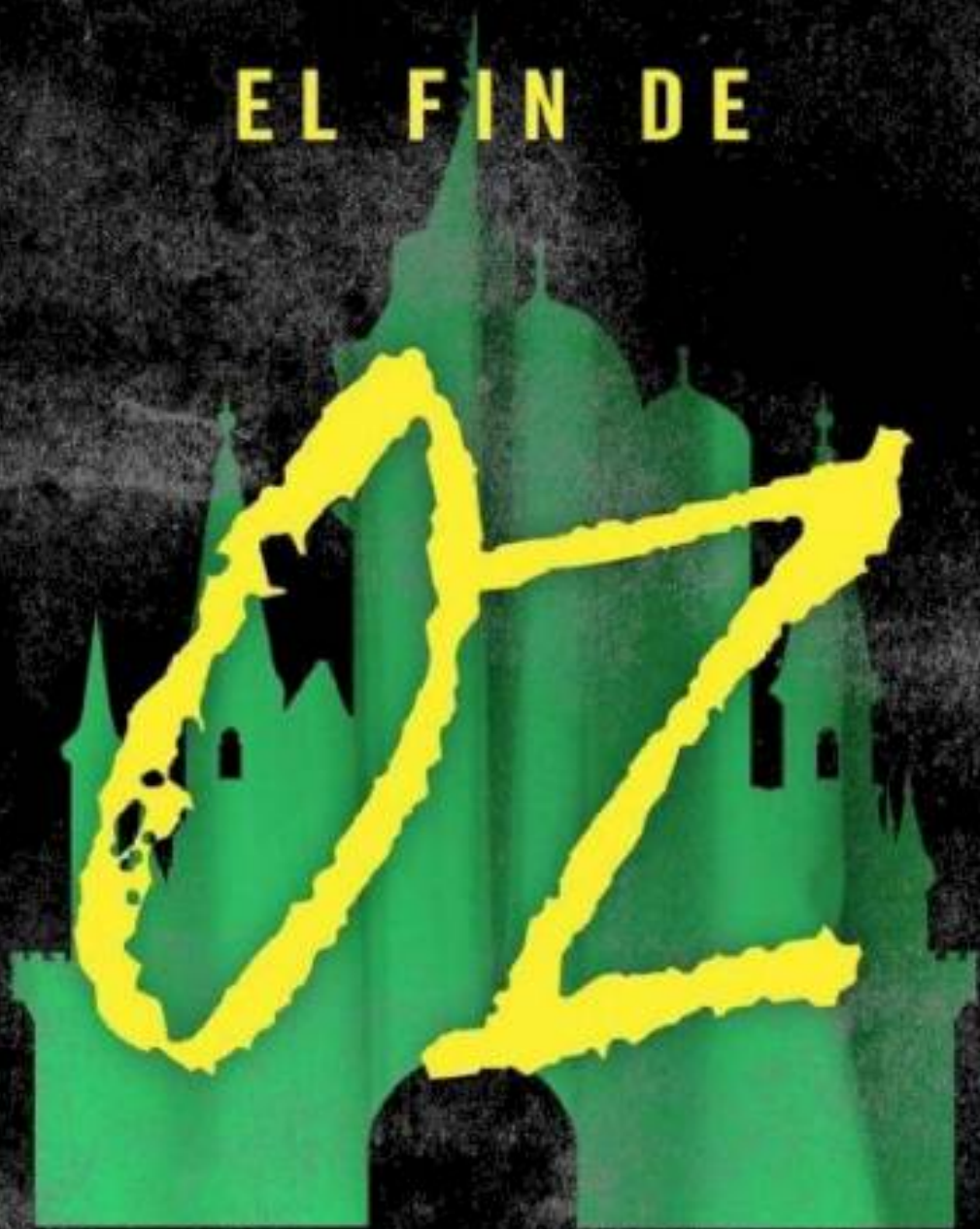


DANIELLE PAIGE

EL FIN DE



CUARTA ENTREGA DE LA SERIE *BEST SELLER* MUNDIAL

¡DOROTHY DEBE MORIR!

EL FIN DE OZ

Danielle Paige

MI NOMBRE ES AMY GUMM.

Seguramente me conoces como «la otra chica de Kansas».

Cuando un tornado me llevó al mundo mágico de Oz, una misión me fue concedida:

MATAR A DOROTHY.

La chica favorita de todo el mundo se dejó corromper por la Bruja malvada, y la tuve que matar.

ACERCA DE LA AUTORA

Danielle Paige, autora *best seller* de *The New York Times* por las series *Dorothy debe morir* y *Stealing Snow*, trabaja también para la industria de la televisión. Graduada por la Universidad de Columbia, vive actualmente en Nueva York. La serie *Stealing Snow* será publicada por Roca Editorial en 2017.

ACERCA DE LA OBRA

Cuarta entrega de la serie *best seller* mundial ¡*Dorothy debe morir!*

¡*Dorothy debe morir!*, *Los Malvados se alzarán* y *Baldosas amarillas en guerra* completan esta exitosa serie.

También disponibles en ebook las cinco primeras precuelas *Como en Oz*, *en ningún sitio*, *La bruja debe arder*, *El retorno del Mago*, *Corazón de hojalata* y *La orden embrujada*.

Más libros en www.DESCARGASMIX.com

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Agradecimientos

Otros títulos que te gustarán

Créditos

A mis queridos munchkins, gracias por haber seguido el
Camino de Baldosas Amarillas conmigo.

A mi familia, mamá, papá, Josh, Sienna y Fi, por haber
allanado el camino con tanto amor...

Y a Faith Vincent, *somewhere over the rainbow...*

L/NO

La primera vez que había volado había sido en circunstancias muy distintas, desde luego. En mi primer vuelo, por llamarlo de alguna manera, un tornado arrasó la caravana en la que vivía, en Flat Hill, Kansas; se la llevó por delante y a mí me dejó en mitad de Oz. Ahora, en cambio, estaba sobre el Camino de Baldosas Amarillas, al que le debían de haber crecido un par de alas mágicas, pues estaba volando. Pero no estaba sola; me acompañaban Nox y mi enemiga de la infancia que, de repente, se había convertido en mi nueva mejor amiga, Madison Pendleton. Nos estábamos alejando a toda velocidad de la batalla contra el rey Nome, que había aparecido por sorpresa justo después de que Glamora se quitara la máscara y revelara quién era en realidad: su hermana gemela, la malvada Glinda, la misma que había abierto un portal a Kansas. El rey Nome deseaba hacerse con el trono de Oz y, por lo visto, para lograrlo necesitaba mis zapatos; zapatos, por cierto, que también habían pasado por las manos de Dorothy y que, al menos de momento, no me habían convertido en un monstruo. Dorothy, por otro lado, no había corrido la misma suerte; el segundo par de zapatos que recibió la transformó en una tirana malvada, homicida y hambrienta de sangre.

Está bien. Admito que la historia es un pelín complicada. De acuerdo, muy complicada. Créeme, lo sé. El Camino de Baldosas Amarillas nos estaba llevando a..., para qué engañarnos, no teníamos ni idea de hacia dónde nos estaba llevando. Pero el camino parecía haber cobrado vida propia, como si tuviera... consciencia.

Bajo nuestros pies se extendían los campos, las praderas y las aldeas de Oz; parecían distintos retales de telas plateadas, verdes y doradas que conformaban una misma colcha de *patchwork*. A lo lejos, advertí las cumbres nevadas de las montañas Viajeras. Y, más allá de la cordillera, casi vislumbraba las dunas del desierto de la Muerte.

El aire era fresco y nos movíamos a una velocidad incalculable, pero no tenía ni una pizca de frío. Estaba cansada y muerta de hambre, y muy preocupada por todo lo que estábamos dejando atrás. La muerte de Mombi. El caos tras la coronación de Ozma. El rey Nome. Y Glinda...

Mombi había fallecido. A todos los efectos, la bruja había sido como una madre para Nox. Pero él estaba actuando como si no hubiera ocurrido nada.

En teoría, la pesadilla por fin había acabado. Había dedicado mucho tiempo, varios meses para ser exactos, a planear la muerte de Dorothy junto con la Orden. Nuestro objetivo siempre había sido salvar el reino de Oz. Pero la Orden había tramado un plan muy oscuro y complejo para acabar con ella. Las brujas sabían que no podrían matar a Dorothy así como así. Y por eso no tuve más remedio que cumplir una misión muy arriesgada: arrancarle el corazón podrido al Hombre de Hojalata, arrebatarle el valor al León (que resultó estar en su cola) y hacerme con el cerebro del Espantapájaros. Solo así podría matar a Dorothy. Y lo había conseguido. Los tres, el Hombre de Hojalata, el Espantapájaros y el León, estaban muertos. Y acababa de presenciar cómo un palacio se derrumbaba encima de Dorothy. Sí, lo había conseguido. Dorothy estaba muerta. Pero la guerra aún no había terminado.

—Tenemos que volver —ordené; no podía dejar de darle vueltas en la cabeza a la batalla campal que aún se estaría librando en los alrededores del palacio.

—No podemos.

—Pero Glinda... Y Mombi... Lo siento mucho, Nox —murmuré, y me acerqué a

él.

—Cumplió con su deber. La Orden es muy consciente del riesgo que implica cada decisión que se toma —expliqué, pero ni siquiera se molestó en mirarme. Tenía los ojos clavados en Madison, que seguía gritando como una histérica. No había dejado de hacerlo desde que el camino nos había propulsado hacia las estrellas.

—¿Qué cojones ha sido eso? —bramó Madison.

—¿Puedes ser más concreta?

Ella me miraba con los ojos como platos.

—¿Dónde está mi hijo? ¿En qué diablos se ha convertido el subdirector Strachan? ¿Dónde estamos? ¿Y quién es ese? —preguntó, señalando a Nox.

—Soy Nox —respondió él. Después bostezó y, con cuidado de no caerse de bruces, se sentó. Se agarró a las baldosas amarillas y estiró las piernas.

—¿Está de coña? —preguntó Madison, que, de repente, se volvió hacia mí. Lo hizo tan rápido que estuvo a punto de perder el equilibrio y de romperse la crisma—. A ver, estamos... ¿volando? ¿Sobre un montón de baldosas? No sé si te has dado cuenta, pero eso es im-po-si-ble, ¿o me equivoco?

«¿Dónde está mi hijo?»

—Creo que Dustin Júnior está a salvo —dije; después de aquel bombardeo de preguntas, decidí responder primero a la pregunta más fácil.

Por fin dejó de gritar, lo que ya era algo.

—¿«Crees» que está a salvo?

—Su padre le cogió —dije—. Estoy segura de que está bien. Y el rey Nome ahora está aquí. Así que, bueno, Kansas es, sin lugar a dudas, un lugar seguro.

—¿Cómo que está «aquí»? ¿Dónde es «aquí»? ¿POR QUÉ ESTAMOS VOLANDO? —No vas a creerlo —empecé—, pero estamos en Oz. Madison me miraba fijamente, sin pestañear.

—Eso..., eso no ha tenido ninguna gracia, Amy. ¿Y qué clase de nombre es «Nox»?

Él no pudo esconder una sonrisa.

—¿Y qué clase de nombre es «Madison»? —repitió él en voz baja.

—No estoy de broma, Madison. Esto es Oz —insistí.

Madison miraba a Nox con los ojos entrecerrados, como si quisiera comérselo con patatas. O fulminarlo. O matarlo directamente. Conocía muy bien aquella sensación.

Miró a su alrededor. Después hacia arriba. Y luego hacia abajo. Se quedó unos segundos contemplando el paisaje que estábamos sobrevolando. Daba la sensación de que iba a ponerse a chillar otra vez pero, por suerte, debió de pensarlo dos veces. No era tonta y sabía que no le serviría de nada, tan solo para gastar energía.

Inspiró hondo.

—Está bien, Amy. Corta el rollo. Ahora hablando en serio, ¿qué está pasando? —Estás en Oz —respondió Nox, un tanto seco y brusco. Madison nos miraba perpleja y confundida.

—Madison, estás sobre un camino volador —dije—. Sé que parece una locura, pero Oz existe, y ahora mismo estás en él.

Ella se dejó caer sobre el camino. Una baldosa se desprendió y cayó al vacío. —Ten cuidado —advertí—. No sabemos si el camino aguantará el peso, o si se

desmoronará en mitad del cielo.

Observó la baldosa hasta que dejó de verla. Luego miró a su alrededor: echó un vistazo a las estrellas plateadas que danzaban en el cielo y se fijó en un búho que ululaba en mitad de la noche. De vez en cuando, nos miraba. Estaba desorientada, aturdida. En un par de ocasiones se atrevió a mirar hacia abajo. Pasó una mano por el camino, como si necesitara comprobar que era real. Y luego se pellizcó.

—No estás soñando —dije en tono cariñoso, y me senté a su lado.

—¿Estás segura?

—Sí. A mí me pasó lo mismo la primera vez que vine aquí.

—¿Me estás diciendo que el Espantapájaros y el León y Ciudad Esmeralda y los munchkins y toda esa mierda existen? ¿Que es real?

—Sí —contesté—. Aunque el Espantapájaros y el León están muertos.

Parpadeó.

—¿Y Dorothy? ¿Y Toto?

—Dorothy es real, desde luego —farfulló Nox—. Demasiado real, en mi opinión. —Ah, Toto también está muerto —aclaré—. Se convirtió en un monstruo gigante y

malvado. Lo maté, pero después reapareció como una especie de... ¿perro zombi? Sin embargo...

Al ver la expresión de Mad, preferí callarme.

—Bueno..., el caso es que ya no tenemos que preocuparnos por ellos.

—Tu proyecto de investigación —dijo Madison de repente—. Todo ese rollo del archivo del instituto. Tú... lo decías en serio. Estabas convencida de que todo eso era «real».

Contempló el paisaje rural que se extendía bajo el camino y tragó saliva antes de continuar:

—Cuando desapareciste, justo después del tornado —murmuró—. Estuviste... ¿aquí?

—Sí —contesté—. Al principio también me costó una barbaridad creer que era real. A ver, sé que suena ridículo. ¿Un tornado arrasa Flat Hill y me deja aquí tirada?

De pronto, pensé en Star, la querida rata que mi madre tenía como mascota. Al igual que muchas otras personas y criaturas, ella tampoco había logrado sobrevivir. Pero gracias a esa rata, conseguí salir adelante. Sobre todo durante mis primeros días en Oz. Era el único vínculo que me quedaba con el mundo que había dejado atrás; Star era la prueba de que no me había vuelto loca, de que lo que estaba viviendo era real. Madison, en cambio, no tenía nada parecido. Nada, salvo yo.

—Sé que parece una locura. Créeme, lo sé. El caso es que Dorothy es, o mejor dicho, era, malvada. Y digo «era»

porque ella también está muerta. Pero la guerra aún no ha terminado. Todavía tenemos que limpiar el desastre que hemos dejado.

—¿Hay «alguien» que haya sobrevivido? ¿Sabes qué? Prefiero no saberlo —dijo Madison—. Resumiendo: digamos que estamos en Oz y que te creo. ¿Cómo volvemos a casa?

Nox y yo intercambiamos miradas.

—No lo sé —admití.

—Pero tú lo hiciste —insistió Madison—. Volviste al instituto —dijo, y luego frunció el ceño—. ¿Estabas aquí y decidiste volver a Flat Hill? ¿A «Flat Hill»? ¿En qué coño estabas pensando?

—Es una historia muy larga. Y complicada —respondí—. Volví cuando el Mago abrió un portal...

—¿El Mago? ¿Estás hablando del Mago de Oz? —Sí, pero él también está muerto —susurró Nox.

Madison volvió a mirarnos desconcertada. Se quedó callada durante unos minutos y luego estalló. Se echó a reír como si alguien acabara de contarle el chiste más gracioso de la historia. Se desternillaba de risa y no podía parar. No pude evitarlo: yo también empecé a reírme. Nox puso los ojos en blanco. Al final, Madison se recompuso y, con una risita tonta, se secó las lágrimas de los ojos. Estaba preparada para escucharme. Así que inspiré hondo y empecé.

—Todo comenzó cuando un tornado arrasó el estado de Kansas, justo cinco minutos después de haber deseado estar en cualquier sitio menos en casa.

DOS

Tardé un buen rato en contarle a Madison toda la historia de Oz. Intenté resumir algunas de las aventuras que me habían ocurrido allí para no abrumarla, pero, aun así, teniendo en cuenta todo lo que había vivido, la historia seguía siendo muy larga. Explicársela a alguien que no había nacido en Oz, que no tenía ni la más remota idea de las cosas que pasaban allí, me hizo caer en la cuenta de lo increíbles y dementes que habían sido los últimos meses de mi vida.

Recapitular todo lo ocurrido en ese reino mágico también hizo que me diera cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Cuando regresé a Kansas, me convencí de que jamás podría volver a poner un pie en Oz. Y en ese momento pensé que «casi» entendía qué había sentido Dorothy al volver a casa y por qué se había muerto de ganas de regresar a Oz. Pero entre ella y yo había una gran diferencia. Ella era una asesina, y yo no.

Está bien: no lo era a menos que no me quedara otro remedio.

Madison retiró su melena dorada tras las orejas en un intento inútil de apartarse el pelo de la cara; la brisa que soplabá allí arriba era incontrolable y no dejaba de alborotarle la cabellera creando así una especie de halo dorado a su alrededor. Pensé en coger una de las estrellas del cielo de Oz para mostrársela, pero Madison ya estaba demasiado alterada. Las maravillas de Oz podían esperar.